

no faltan en ningún distrito electoral; de ahí las normas tajantes del cacique de la Alcarria que ha sido el mas expresivo y franco, dice que «el caciquismo en la política no es una enfermedad determinada.» Como el artritisismo en medicina es un término genérico donde se incluyen muchos estados patológicos cuya verdadera naturaleza se desconoce. El caciquismo era para él «planta que en maraña espesa y ligante domina el suelo español, que tiene las raíces muy hondas y estas raíces no son como vulgarmente se creen los hombres que han gobernado, esas raíces estan arraigadas en todo el ámbito nacional y en todas sus clases». «Para conocer a fondo las miserias humanas no hay nada mas aleccionador que la vida política».

Y la prueba concluyente de que esa apreciación de docilidad encubridora apreciada en Alcázar es cierta, se ve en lo manifestado por Isidoro López al reincorporarse al Ayuntamiento la mayoría republicana bajo la presidencia de Ezequiel Ortega, cuando dijo que «los concejales que los habían sustituido se habían hecho complices de la conducta de un alcalde atrevido *que sin voluntad propia* fue el elemento servil de quien no hubiera sido capaz de hacerlo frente a frente».

Los alcaldes de R.O., que ahora se llaman a dedo, fueron un producto del caciquismo y mas directamente consecuencia o necesidad de su artificio electoral y Estrella su representante mas genuino, la personalidad mas relevante salida del sistema. Sus cualidades, modos y maneras engendraron la reacción de un cierto sector señoritil, perezoso e ineficaz que se derrumbó al primer encuentro. Antonio López, Pucherritos y otros que se levantaban a la hora de comer y pasaban la sobremesa revoloteando por el casino principal hasta el toque de ánimas y la hora que se terciara después, porque eran noctámbulos, lo contrario que Eulogio, hombre de la Plaza que empieza a rebullir con la luz del día, a la que llegan por sus esquinas los que tienen en ella puesto fijo o lo remueven con su ir y venir, los consumistas, los corredores, los vendedores ambulantes y los que toman la mañana para matar el gusanillo y desflorar las banastas.

El Perrete era el mastín del ganado al que los propios pastores tratan con cuidado hasta para echarle el pan.

Estrella y el Perrete son los dos líderes locales de su época, los dos de su monte, los dos sin desbatar, los dos decididos pero faltos de doctrina y de visión del porvenir, imprevisores y obstinados y los dos devorados por las propias fuerzas que los empujaron para sobresalir, quién sabe si por envidia, satisfecha cobardemente en la irresponsabilidad.

A los republicanos les faltó la voz rectora que hubiera surgido de la labor de Don Tomás Tapia si hubiera vivido mas. Su verbo resulta repartido entre numerosas personas del mismo nivel y condición, representativas de un espíritu de escuela uniforme y austero en el que no hubo lugar a que brotaran las disposiciones especiales que imprimieran a las actuaciones elevación y eficacia. Después pudo serlo Pedro Arias -Pedrete el Dano- pero le faltó magisterio del arte político y entrenamiento para no perderse en los vericuetos de los filósofos griegos, porque no es lo mismo ser lider obrerista o brote caciquil que